

MISCELANEA

BREVES APUNTES SOBRE MITOLOGIA GERMANICA

Mucho de lo que en el destino de los pueblos nos parece a la vez trágico e incomprensible se hace claro y legible cuando examinamos este destino a la luz de su substratum protohistórico. La falta de elementos lógicos —acontecimientos de naturaleza diversa y a menudo sin otro lazo que el que les proporciona de manera *relativamente* exacta la filosofía de la historia —caracteriza en realidad los comienzos de todos los pueblos y esta característica es la que a pesar de todos los descubrimientos— mantiene el problema de los orígenes de la humanidad fuera del alcance de la historia. Sin embargo, mientras esta noche puede ser considerada como limitadamente breve en lo que concierne a los pueblos orientales y mediterráneos puesto que la investigación nos permite, a su respecto, avanzar bastante lejos en el tiempo histórico, esta misma noche se mantiene espesa y densa sobre los pueblos septentrionales cuya historia, frente al misterio de la duración, se nos muestra extraordinariamente joven. Aquí, el conocimiento histórico choca contra una pared sin puertas y se escurre, inútil y sin fuerzas. En este, como en la mayoría de los casos, la única fuente de conocimiento —y se trata de una fuente desvirtuada y casi sin sentido para nosotros— es la que nos proporciona la mitología de estos pueblos venidos más tarde que los demás a la civilización. Para cimentar los pocos “hechos” de que disponemos y que son como luces vacilantes en el pasado de estos pueblos, la mitología viene a ser —si se admite la expresión —una filosofía de la protohistoria. Muy débil y casi enteramente desprovista (en sí) de sostenes lógicos, nos entrega sin embargo un medio para internarnos sin demasiados riesgos en esta protohistoria oscura y que, bien lógicamente esta vez, intuimos trágica en todos sus elementos constitutivos. Un examen atento de esta mitología nos dará pues una apariencia

de sentido, o cuando menos una indicación, que asumirá todo su valor cuando la apliquemos a la historia conocida de estos pueblos. A condición por cierto de evitar con cuidado las interpretaciones estético-filosóficas que, desde el siglo XVIII, se han dedicado a explicar todo lo inexplicado de la protohistoria.

Entre todos los pueblos que, de golpe, con su acompañamiento de misterios se abrieron a Occidente, el pueblo germánico —mejor sería decir los pueblos germánicos— es quizá el que, gracias a esta revelación, pasó de la manera más repentina de una noche espesa a las luces de la historia. Y es menester subrayar aquí que la mitología de estos pueblos nos ha llegado más trunca e incompleta que la de los demás grupos humanos y raciales. En efecto, su antigua religión no había conocido ninguna tentativa de síntesis, o para ser más exactos, ningún sintetizador que hubiera intentado dejar a su pueblo una suma de sus creencias. Ningún Homero ni Hesíodo en Germania, a pesar de la tesis sostenida por Jacob Grimm de que las dos *Eddas* islandesas podían representar un ensayo parecido al de los dos griegos. Y no hay que olvidar que la “joven Edda” se debe al escaldense Snorri Sturlason que murió en el 1241, lo que permite justamente a Ernst Bæminghaus considerarla como una especie de *Græcus ad Parnassum*, y que la antigua, de autor desconocido, no puede en ningún caso ser considerada como una creación del paganismo viviente aunque más no fuere por la manera en que presenta a los dioses. No hay que olvidar tampoco que el buen Jacob Grimm (pero no tan bueno como lo asegura Mme. de Staël que, por otra parte, tampoco lo era, lo que la imposibilitaba para cualquier juicio de valor en este sentido) perteneció en verdad a esta escuela que, con presupuestos aparentemente lógicos y serenos, se echó después de Herder al asalto de todo lo que había constituido, racional e irracionalmente, el fondo y la armazón de la civilización greco-cristiana. Su tentativa no fué tanto la de dar bases *históricas* a la civilización germánica como la de proporcionarle, a cualquier precio, bases *autónomas*. Y si la insoportable hija del aburrido Necker lo secundó con tanto apego en la difusión de esta tentativa, ello no fué debido a su “ingenuidad” como se asegura en Suiza, ya que de ingenua tenía poco, sino a su deseo de arrebatarse al Occidente católico una de

sus bases de cultura más íntimamente arraigada. En realidad, si dejamos de lado las dos Eddas, la única fuente que pudo servir a Grimm para edificar su teoría de la autonomía de la mitología germánica en relación con la griega, se la entregó una recopilación de fórmulas mágicas descubierta en Merseburg, el *Merseburger*. . . Y esta recopilación pertenece a un manuscrito del siglo X. Otros pormenores, que seguramente descuidó, los proporcionan César, Tácito, Plutarco, Suetonio, Amiano Marcelino, Estrabón, etc., fuentes brotadas sin excepción fuera de Germania. Fuentes donde no faltan los elementos sajones, pero sajones cristianos, las encontramos en los evangelizadores de las tierras septentrionales o en los cronistas que de esta evangelización escribieron: Gregorio de Tours, Pablo Diácono, Widukind, Beda el Venerable, los biógrafos de san Columbano, de san Gall y de san Bonifacio. Fuente preciosa de informes que con Pablo Diácono y con el biógrafo de san Bonifacio llega a ser riquísima, pero fuente de segunda mano y que no puede ser comparada en ningún caso con la fuente directa que nos entregan, en cuanto a la mitología griega, Homero y Hesíodo. Las fuentes populares tan caras a Herder y a los hermanos Grimm no nos entregarán sino medios de reconstitución de la que el ya citado Böeminghaus llama la "mitología inferior" en la cual, al lado de una creencia por otra parte muy variada en la supervivencia de las almas, se entremezclan los mitos nebulosos del ejército salvaje (*wildes Heer*), de los espíritus de opresión (*Drückgeister*), de los espíritus feéricos (*elfische Geister*), de las brujas y de los demonios. Todo esto pertenece al fondo celta y, entre todos estos seres demiúrgicos, Grimm no podía encontrar nada que fuera genuinamente germánico. Esta mitología inferior es sin duda alguna una mitología adaptada a pesar de que en ella encontremos elementos que "pueden" ser considerados como autóctonos. De estos últimos, para mayor claridad, citaremos tan sólo a Midgard y a Fenris, hijos de Loki, el dios lóbrego, y de Angrboda, la mensajera del espanto: la serpiente Midgard y el lobo Fenris que tantas relaciones, aunque generalmente tan poco cordiales, tienen con el dios Wotan y con el dios Thor. Si acabo de indicar que estos elementos "pueden" ser conside-

rados como autóctonos es que no hay a este propósito ninguna seguridad. Repito que la mitología germánica es quizá la más desprovista de "hechos". Y si seguimos la pendiente sobre la cual nos impulsa esta duda, encontramos a cada paso nuevas razones para vacilar. El solo caso del dios Loki nos aparece como terriblemente dudoso. Se trata de un dios poco simpático y, sin embargo, muy venerado. Solamente en las noches tenebrosas y en los fríos inviernos se encuentra a sus anchas. Con la complicidad de los elementos urde sus conspiraciones contra los dioses y contra los hombres. Se reúne con su mujer y con sus hijos y desencadena estas fuerzas enemigas contra Wotan, contra Thor y contra los Héroes que viven en el Walhalla, aunque él no participe directamente en estas empresas. Es un dios falso y astuto, alma de todas las rebeliones contra la divinidad. Nos podemos pues preguntar si Loki es un dios auténticamente germánico y si no constituye, por el contrario, una transposición en las selvas del norte del mito de Prometeo. Quizá ofrezca una fuente no desdeñable para la investigación el buscar un posible paralelismo entre Prometeo y Loki. El fracaso del primero podría explicarse por la necesidad griega del castigo, la impunidad del segundo por las condiciones mismas del mito del Eterno Retorno. La diferencia de estos dos destinos constituiría por consiguiente el punto de ruptura entre lo germánico para con la mitología originaria indo-europea, vale decir la adaptación de lo indo-europeo a lo germánico.

En la ardua tentativa de Grimm para edificar una mitología germánica *sui generis*, el dios Wotan u Odin debía ocupar victoriosamente el lugar preeminente que los griegos habían atribuido en su Olimpo a Zeus, dios del cielo y de la tierra. Y en efecto la mitología germánica considera a Wotan como el portador de todas las riquezas intelectuales y espirituales. Pero, contrariamente a Zeus, Wotan no era el dios de todos, no era un dios popular. Era un dios aristocrático. Tanto es así que si bien su culto fué mucho más desarrollado en Germania del norte que en Germania superior, ni en una ni en otra fué adorado por el pueblo. Era el dios de los señores y de los poetas, exclusivamente. Lo que basta para demostrar

que, además de aristocrático, Wotan era un dios importado por los intelectuales. Y con esto se derrumban las bellas teorías populares de Herder, padre espiritual de los hermanos Grimm. Frente a este golpe inferido a su folklore mitológico, los discípulos de los que habían querido edificar la historia sobre el presupuesto de la estética como lógica de la humanidad se dignaron indicarnos entonces que el dios supremo de los germanos era Thor, amigo de los dioses y de los hombres... Thor, armado de sus rayos (como Zeus) y de un martillo de hierro (como Hefestos). Estos rayos y este martillo le sirven para defender a los hombres y a los dioses contra las empresas de los gigantes perversos que quieren precipitar el Universo en el caos (Zeus fulminando a los Titanes y Hefestos clavando a Prometeo en la cima del Cáucaso. Prometeo, primer rebelde contra la armonía preestablecida y castigado por su rebelión, mientras Loki, en razón de las leyes del Eterno Retorno y de la ausencia del principio de castigo y de culpabilidad en la mitología germánica, puede volver a empezar de nuevo). (1)

Como vemos, aquí también las coincidencias entre la mitología germánica y las mitologías griega y latina nos hacen caer en la cuenta que Thor, en realidad, —aunque los pueblos germánicos lo hayan adoptado como su dios supremo y más antiguo— es él también una deformación de Zeus, un Zeus multiplicado por las fuerzas de Hefestos, y pertenece, por consiguiente, al fondo común de las divinidades indo-europeas.

Entonces voy a avanzar una opinión que por la ausencia de fuentes escritas es insegura y que, sin embargo, es seductora y, al tiempo, lógica si la consideramos a la luz de lo histórico.

Constituye un método delicado y peligroso partir de lo histórico para establecer lo protohistórico. Cuando lo histórico —aquí entiendo lo filosófico-histórico, es decir la interpretación

(1) Cosmogónicamente podría ser provechoso buscar en esta falta de castigo y, por consiguiente en la esencia del mito del Eterno Retorno, una deformación germánica de lo dualístico siempre presente en las mitologías arias: Ormuz y Arímán podrían haber influido sobre la formación del binomio Thor-Loki.

razonada de los "hechos"— se encuentra empero en perfecta concordancia con lo protohistórico, vale decir con lo que hasta ahora podíamos aboradar con la ayuda de la sola mitología, existen muchas probabilidades de que la tesis injertada sobre el tronco de este último sea valedera. O, para decirlo en otros términos: si, partiendo de lo históricamente conocido, encuentro en el pensamiento escrito del pueblo estudiado elementos que, transpuestos en la protohistoria me permiten llenar algunas de las soluciones de continuidad que ésta nos presenta (en su mitología, única fuente para captarla) y si este descubrimiento corresponde a lo que sabemos de las características psicológicas y filosóficas de aquel pueblo, entonces la tesis avanzada tiene fuertes probabilidades de corresponder a la verosimilitud histórica. Si por otra parte el dios generalmente admitido como auténticamente germánico (Thor) no reúne todas las condiciones filosóficas y psicológicas que concurren a entregarnos la fisonomía espiritual de este pueblo, existe una ruptura dialéctica y, por consiguiente, chocamos con una solución de continuidad que se hace necesario superar. Si también esta solución de continuidad la podemos superar con el otro dios, el dios importado, el que no tendría nada que ver con la perenne autenticidad germánica (Wotan), entonces este dios importado corresponde, tanto como el autóctono, a esta autenticidad. O, en otras palabras, si bien podemos admitir que Wotan no es originariamente un dios germánico, podemos también aceptar que al ser importado fué transformado, adaptado a la *necesidad* de la vida religiosa germánica y lo fué de manera tan absoluta que está permitido considerarlo como *adquirido* definitivamente cual medio para colmar esta necesidad que Thor no basta a satisfacer. Tanto más cuanto que esta *adquisición* responde plenamente a dos mitos perennes del alma germánica, el del *Eterno Retorno* y el del *Crepúsculo de los Dioses*.

Wotan es el dios del Viento, pero no como personificación mítica del viento sino como Dios-Viento, tal como lo podía intuir un pueblo que vivía en las espantosas selvas de la Germania y entre las paredes de hielo de Escandinavia. Viento como poder físico y psíquico, a la vez como energía material y espíritu viviente. Los cantos mitológicos lo representan como "el

cazador salvaje" que cabalga las alas del Viento y siempre lo acompañan dos cuervos, *Hugin* (el pensamiento) y *Munin* (la memoria) Como el alma tiene la misma naturaleza que el viento, Wotan es el dios de los muertos y particularmente de los que sucumbieron de muerte violenta. Es también el dios de las empresas furibundas y de la furia. Y asimismo es el dios de la poesía, del amor y de la guerra, de la lujuria acompañada de incendios, de la pasión que abrasa el corazón de los guerreros y los impulsa a saquear, a matar y a echarse gritando en los brazos de la Muerte. Porque Wotan es la Muerte consoladora que acoge los guerreros caídos en la lucha y los lleva a una vida superior donde los banquetes suceden a las batallas.

Es el dios que conoce el futuro pero ha tenido que pagar este conocimiento con un ojo cuya cuenca vacía esconde debajo del ala de su sombrero. Y esta visión de lo que debe acontecer lo aplasta bajo el peso de una profunda tristeza porque sabe que un día los monstruos del abismo estimulados por los ladridos del lobo Fenris se lanzarán al asalto del Walhalla donde viven los Dioses y los Héroes. En aquel día señalado por el destino Wotan luchará con el lobo pero sucumbirá y el Walhalla se hundirá en los abismos arrastrando a sus divinos pobladores, en un sangriento Crepúsculo de los Dioses. Pero los Dioses, los hombres y el mundo nacerán de nuevo y volverá a empezar la eterna lucha. Todas las cosas han salido del gran Todo y a él deben volver para de él salir de nuevo en un ciclo eterno e inexplicable impuesto por un Destino ciego y que nadie, ni siquiera Wotan, puede sondear, Destino que dicta sin apelación las leyes del Eterno Retorno.

Adriano Tilgher subraya en su *Visione greca della vita* que este tema del Eterno Retorno es común a las visiones griega, hindú y germánica de la vida. Para estos tres pueblos, en efecto, "el mundo no es el producto de la voluntad de un Dios trascendente. Sale por su propia fuerza del abismo del caos en el cual, una vez recorrido un ciclo de acontecimientos, se sumerge para de nuevo emerger de él y recorrer otra vez el camino ya recorrido. Y así eternamente". Visión diametralmente contraria a la de los pueblos semíticos y a la visión cristiana, para las cuales no es posible pensar el mundo, sus leyes y sus aconteci-

mientos, sino como el efecto de un acto de creación de un Dios que sacó al mundo de la nada en la cual puede volver a sumergirlo por el simple efecto de su voluntad.

Sin embargo existe una diferencia fundamental entre la *Weltanschauung* de los germanos y la de los griegos y de los hindúes. Para éstos, el alma adquiere conciencia de la naturaleza esencialmente culpable y dolorosa de la vida (dolorosa porque culpable) y debe segregarse de la vida y huir hacia el cielo de las reencarnaciones mediante la ascesis. En la mitología germánica, este camino ascético de liberación falta completamente. Nada puede desligar el alma de su ciclo eternamente fatal, y la vida hay que aceptarla como está, no porque lleve a algún lugar sino para vivirla en la exaltación de la tragedia. Vemos así que a la luz de lo mitológico quedan suficientemente explicadas muchas de las empresas del espíritu alemán, del *Los von Rom al Dasein*.

De aquí la ebriedad cósmica que embarga, fatalmente recurrente, el alma germánica. Y el mito del Crepúsculo encuentra su representación en el héroe que empuña su espada encima de un inmenso montón de enemigos derribados por él, pero circundado de una muralla de titanes que, siempre renovándose, le cierran toda esperanza de victoria y con los cuales va a precipitarse en los abismos, vencido y vencedor al mismo tiempo: representación siempre verdadera y que, a la luz de la mitología una vez más, nos entrega el sentido trágico y monstruoso de la historia de aquel pueblo desde Arminio hasta la defensa de la Cancillería. Muerte que es Vida porque en la suprema alegría de la batalla abre, merced a este trance vital, desesperado pero sublime e incomparable, las puertas del Walhalla. Desde los tiempos nebulosos de Wotan hasta la siniestra grandeza de nuestra contemporaneidad, el alma germánica siempre ha concebido su destino como furor heroico, como desencadenamiento del Viento, como caída en los abismos. Pero también como retorno a la lucha que siempre es desesperada y sublime.

Esta lucha de Wotan contra los gigantes salidos de los abismos, encuentra su punto culminante en el duelo que ocurrirá, en el día del Crepúsculo de los Dioses, Thor a la serpiente Midgard.

Un huésped burlón invitó una vez a Thor a levantar un gato del suelo. A pesar de todos sus esfuerzos, el dios tuvo que renunciar a esta empresa aparentemente irrisoria. El huésped le reveló entonces que el gato no era sino la serpiente Midgard que se muerde la cola y mantiene firmemente el mundo en el círculo así formado ("El mundo como círculo eterno de acontecimientos recurrentes, el Universo como Eterno Retorno", comenta Adriano Tilgher). Si Thor hubiese triunfado en su empresa de levantar el gato, es decir de separar la cabeza de la serpiente de su cola, el mundo se habría deshecho en el caos. El día supremo del Crepúsculo de los Dioses, Thor lanzará su martillo de hierro contra la serpiente Midgard y la aplastará pero, en una última convulsión, ésta matará al dios. El héroe no puede cambiar el *fatum*, pero si el Universo se le echa encima, le es lícito emplear todas sus fuerzas en quebrantarlo para arrastrarlo en su caída: virtudes guerreras que se desarrollan hasta el aniquilamiento.

Como se ve, aunque sea por otras vías los destinos de Wotan y de Thor son idénticos. El Dios-Viento, jefe de la fuerza salvaje, inspirador de las pasiones desenfrenadas pero, al mismo tiempo, del fuego poético y del amor, Dios de la Muerte y Dios de la Vida, espíritu que lee en el futuro y Dios-Hombre que divide su tiempo entre las matanzas y los banquetes, rey del Walhalla y guía de los hombres y del mundo hacia una Nada fatal, Wotan-Odin nos permite salvar la interrupción en la cadena mitológica que Thor, Dios de la tempestad que fecunda y purifica, el intercesor amigo de los dioses y benefactor de los hombres, el protector de los trabajos y de los días, el arquetipo de la fidelidad, del honor y del heroísmo, no bastaba para darnos.

Uno y otro, el Dios de la Furia y el Dios de la Serenidad, luchan contra las fuerzas de un Destino que les es superior, sucumben pero, finalmente, renacen.

ALBERTO FALCIONELLI